

Respira, el amor no duele.

J.J.SÁNCHEZ

Se entrecierran tus ojos al compás de las campanas de la iglesia, esperando a que te consuma la decadencia angustiosa, luchas contra el odio y la fuerza del ambiente que propaga en el aura un silencio cómplice, te duerme.

Adormecido hoy escribes como un colombiano más, víctima de las diferentes caras del conflicto, ese que ignora raza, religiones, credos, edades, gritos, plegarias y los más angustiosos y desgarradores silencios. No estás solo, ya son más de siete millones, donde todos y cada uno de ellos han sentido la tristeza agónica de la muerte, algunos el furor de reencontrarse con quien creían no volver a ver, otras magdalenas se bañaron en lágrimas porque la incertidumbre no te da espacio para pensar en ti, el cautiverio descompone los cuerpos maltratados por el hierro oxidado de las cadenas y también los corazones de las madres, esposas e hijas que no encuentran un pedazo de su corazón, aquel que entre lo más profundo de la selva o en el espacio más oscuro de una habitación se encuentra secuestrado, y como su cuerpo se vive cubierto de las cadenas de la represión, solo le queda ser libre en su cabeza donde ahí puede abrazar a su hija con la dulzura del padre que en ella encuentra las mieles de su vida reflejadas en lo más hermoso que ha producido, besar a su mujer con la loca pasión que te deja la distancia y adorar a su madre, aquella que lloraba en el silencio mientras de su boca brotaban imperceptibles oraciones al oído humano, pero que en lo incomprendible se escuchaban como el grito desesperado de quien daría su vida por el ser amado.

El dolor solo me deja una posibilidad, pensar en la paz como en la utopía de Galeano, aquella que está en el horizonte y no se alcanzará, pues si yo camino diez pasos ella, se alejará diez pasos, cuanto más la busque menos la encontraré, porque ella, se va alejando a medida en que yo me acerco, entonces la utopía sirve para eso, para caminar; yo me arriesgo a sentirme pesimista influenciado por el dolor, la impotencia y el desaliento que te causa la guerra, por eso veo en la paz, claras influencias de la utopía, porque en nuestra búsqueda esperamos tanto de ella que si la llegamos a encontrarnos de frente podríamos decepcionarnos, la paz tiene miedo a decepcionarnos, por eso no se deja ver del todo, nos

coquetea en los ceses al fuego, cuando caminas por la calle y vez el cariño entre dos ancianos, la inocencia de los niños y la vida, en sí misma, la paz se nos provoca y cuando nos encontrados deslumbrados por tanta calma, el rayo de paz se esconde, dejándonos ver la ira del humano convertido en violencia, entonces la paz sigue su camino, avanzando, para que sigamos buscándola, como la utopía que te da motivos para vivir, así el despertar cada mañana sea el motivo suficiente para vivir creyendo en la paz.

No te mientas, la paz no se acabó cuando el bipartidismo se volvió radical y se empezaron a atacar y consigo descomponer familias completas por ideologías políticas. Tampoco se institucionalizó la guerra luego del frente nacional, mucho menos por el tiempo histórico donde el narcotráfico infundía temor, la paz, hermano, se acabó cuando se irrumpió mi tierra de indígenas engañados por su reflejo en cristales que consigo traían el lecho de su muerte, la guerra, se hizo guerra y acabó con la paz cuando el hombre tomó la iniciativa de explotar indiscriminadamente y de forma desmedida lo único que le daba identidad, su tierra. La paz fue el primer sacrificio que hicimos la raza humana desde el primer instante donde el deseo y el egoísmo ocuparon coronas en nombre de un Dios que lo último que quería era acabar con su legado, el amor.

No me niego a ella, por eso la busco en el silencio, cada que se me arrebató hago uno pequeño, insignificante lo sé, en este mundo bullicioso en el que vivimos, donde cualquier hecho es excusa para argumentar la violencia, el delirio de supervivencia del que Elias Canetti hablaba y nos decía que es el poder quien nos protege del peligro, el poder que evita la inseguridad, aquella que nos obliga a expresar nuestra fuerza en violencia, que alimenta la sed de paz pero que a su vez nos hace seres peligrosos porque sentimos miedo del mundo que según nosotros es un peligro, es así como todos nos terminamos considerando peligrosos y la relación con el mundo se vuelve tensa. Así decidí esconderme en el silencio, buscar la paz en el vacío, es ahí donde nadie puede irrumpir si tu no lo permites, en tu mente. La paz se hace preciada en el exterior cuando en tu interior no la encuentras, tal vez por eso la utopía es tan buscada como el santo grial, porque quien la busca en el exterior ignora lo máspreciado que tiene, su conciencia, es ahí donde debe existir la paz, la juventud, la belleza y el deseo de ser el mejor.

Entre la cronología de la paz, mi vida analiza y recuenta, la historia que corta ha sido, viene cargada de anécdotas donde sé, debo analizar detalladamente para en cada segundo de amor ver la paz que todos los días presencio al vivir y que, con estos retazos de recuerdos, olvidar la amargura del desamor y la violencia que intentan opacar lo que es mi historia de vida, al final, la paz no debe ser la superación de la violencia, la paz, debe ser, como diría René de Calle 13, respirar el momento. *Carpe diem*.